

Mi nombre es Sandra Valeska Solís Valenzuela . Nací el 09/09/1972 en Concepción, Chile. Esta es mi historia. Yo vivía en el hogar Buen Pastor de Concepción. Estaba ubicado en Vía Lientur 1002. Cuando una asistente social me preguntó si quería ser adoptada para cambiar mi vida, yo le respondí que sí. Después de poco tiempo me mandó a llamar la monja superiora que se llamaba Amalia Elena Arévalo Espinoza, y me dijo que eligiera un país entre Francia, Rusia e Italia. Yo le dije Italia. Y ahí comenzó mi horror. Ellos me dibujaron mi vida como una fábula. Un día me llama una familia italiana. Yo no entendía nada, pero la monja me dijo que respondiera a todo que sí. Después llegaron correos de ellos. Llegaron al hogar en agosto de 1989, si no me equivoco. Mandaron a llamar a mi papá, José Gerardo Solís Martínez, a quien yo nunca había conocido. Lo conocí recién en ese momento. Me dijo que yo iba ser adoptada por una familia italiana y que a él le habían pedido renunciar a la patria potestad.

Llegó el día en que llegaron mis padres italianos y a mí no me gustaron, pero la monja me dijo que ya estaba todo hecho y no podía regresar para atrás. Fuimos a un hotel a Concepción y mi papá italiano me discutía por la televisión. Me decía que tenía que estar apagada, y me retaba también por otras cosas más.

Después fuimos al aeropuerto de Concepción, tomamos un avión para Santiago, y llegamos al hotel Carlton House. En ese hotel había seis niños chilenos con cinco parejas italianas. Una de esas parejas quería un bebé que fuera rubio de ojos azules y discutía con el hombre que dirigía todo.

Después fueron a la embajada italiana, y un hombre, Iván, andaba con una maleta como las que usan los ingenieros, ahí tenían documentos y dinero. Siendo yo la más grande de todos, veía lo que pasaba. Yo tenía 16 años cumplidos. Le dije al hombre que dirigía todo que no me gustaban mis padres italianos, porque me retaban siempre, pero él me respondió que no se podía hacer nada. “Tú tienes que estar con ellos porque ahora son tus Padres y en el hogar no te quieren más, y dónde vas a ir”, eso me dijo. Yo me puse a llorar. Y me di cuenta de que no podía hacer nada.

Llegó el día de mi cumpleaños, cuando cumplí 17 años el 09/09/1989. Mi hermano David fue a visitarme al hotel, y también mis abuelos, pero nada. El día 18/09/1989 salgo en el avión para venir a Italia. Y me dicen en el aeropuerto lo que tenía que decir, que iba conocer al papa y El Vaticano, y que iba a estudiar. Me lo tuve que aprender a memoria. En el aeropuerto nos paró la policía italiana, las otras familias pasaron tranquilas. A mis padres los llevaron a un lado, a mí a otro lado y dije lo que había memorizado.

Cuando llegamos a Italia fuimos para la ciudad de Rieti, en un pueblecito donde ellos (mis padres) tenían su casa . En esa casa no había un cuarto para que yo durmiera. Era una casa sucia y yo dormía en un sofá. En invierno me moría de frío. Pasaban los días y yo no comía porque no me gustaba nada. Todos los días lloraba escondida. Nunca me acostumbré, pero me resigné a esa vida. Los problemas solo estaban partiendo.

Como era un infierno, yo me escapaba de la casa y me iba donde unos vecinos que me querían y también donde otros vecinos que hablaban mi idioma. Mi único refugio era la

iglesia, ahí yo tocaba la guitarra y cantaba. Todos sabían lo que me pasaba, pero nadie podía hacer algo.

Mis Padres habían escondido mis documentos y fotos, y yo no tenía pruebas para la policía. Pero la policía también sabía, porque la visa para estar en Italia me la daban ellos. Un doctor dijo que yo estaba enferma, así yo podía quedarme en Italia, porque mis padres tenían miedo de que me mandaran a Chile.

Yo en casa lavaba, limpiaba, y ellos me vestían como a una vieja. Ellos, mis padres, me hacían contrato de trabajo, porque solo así me podían tener en Italia (nunca se tramitó la adopción). Pasaron los años y comencé a quererlos, porque ellos eran la única familia que yo conocía, y esa vida me pareció normal.

Un día me quise cortar las venas, quería morir. Pero él (mi padre) llegó y de una patada abrió la puerta del baño y me quitó el cuchillo. Él se hizo un pequeño corte y llamó a la policía. Él tomaba vino y a veces se emborrachaba, estaba mal. Entonces me denunció y la policía no hizo nada por mí.

Pasaron muchas otras cosas, sería demasiado largo de contar. Pero en 2017 encontré casi todos mis documentos porque mi madre italiana había muerto. Mi abogado sabía todo porque años antes lo habíamos conocido cuando intentaron hacer legal mi adopción, pero en ese momento a él le pareció todo muy extraño, y esa vez mi madre tenía miedo.

Con ese abogado fui a la policía y llevé los documentos encontrados. Hicimos la denuncia. Después fuimos a la embajada chilena en Italia y hablamos con el cónsul, quien al igual que la policía se quedó con la boca abierta. La embajada tradujo mi denuncia y la envió a Santiago al 34° Juzgado del Crimen. En Italia la denuncia está en manos del tribunal de Rieti. Ha pasado tiempo y de la investigación no he sabido nada.

Hoy vivo con mi compañero que me ayuda en todo. No pude estudiar, pero sí he encontrado trabajo.